

## **Martín de Ugalde, "Unamuno y el Vascuence"**

Vicente de Amezaga

*Índice Literario*, 1967-04-23: 4.

Recuerdo bien el gesto, entre de asombro y disgusto, con que el buen amigo y eminente profesor de Derecho y por entonces Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Montevideo, doctor Justino Jiménez de Aréchaga, me manifestaba un día haber leído ciertas páginas de Unamuno: "¿Cómo un vasco ha podido escribir eso?" me preguntaba, al referirse al deseo reiteradamente expresado por don Miguel en "La cuestión del vascuence", de que éste muera y lo haga cuanto antes, porque se pierde sin remedio y porque conviene que se pierda, puesto que no podría servir de medio de expresión a un pueblo que quiera entrar de lleno en la vida cultural moderna.

Para tratar de hallar explicación a esto que tan extraño parecía al jurisperito uruguayo hay que comenzar por fijarse en que Unamuno nace en 1864, entre las dos guerras carlistas, y que cuando, en 1876, el término de la segunda señala también el de las libertades vascas, es aún un muchacho de aquella generación que vive el estado de confusión típico de un pueblo en derrota. Existe en éste una minoría rápida en adaptarse al nuevo estado de cosas que se impone al país; otra que, con Sabino de Arana a la cabeza, emprenderá la penosa ruta del resurgimiento integral, y entre ambas gira la desorientada masa de los que aun no saben bien lo que han perdido porque, por una u otra razón, nunca lo conocieron. Se mueven éstos buscando entre nieblas el rayo de luz y sueñan algunos con héroes nacionales como los legendarios Aitor y Lekobide; hay para quienes la lengua vasca es un "patois", mientras que no faltan otros que ven en ella el idioma prístino, sin tacha ni mancha que hablaron Adán y Eva en el paraíso terrenal; de música nacional apenas si conocen más que "zortzikos" dulzarrones, y así en todo.

Unamuno fue de éstos. No tuvo al euskera por su primera lengua y aunque sabemos que en su juventud "estudiaba con todo ahínco y vascuence", nunca llegó a dominarlo. Su fracaso como profesor del mismo a que aspiró, junto con otras circunstancias, lo alejó del país en el conocimiento de cuya historia jamás, por otra parte, se esforzó en adentrarse. En vano se buscará su nombre entre los de los sabios nacionales y extranjeros que, a partir de 1918, cada cuatro años, y hasta poco antes de la guerra, se reunían en aquellos magnos congresos culturales promovidos por la Sociedad de Estudios Vascos. Se planteaban y debatían en ellos problemas vitales para el país, desde los de lengua e historia a los de ciencias sociales puras y aplicadas, desde los de enseñanza, orientación profesional y enseñanzas especiales hasta los de organización de la siempre pedida y eternamente negada Universidad vasca; desde los de sanidad y medicina hasta los artísticos en sus varias manifestaciones... Pero Unamuno, pese a sus grandes talentos de ensayista, de poeta y de novelista y otros que Dios quiso darle, no podía hacer figura allí donde se reunían, para hablar p.ej. de la lengua de su pueblo, hombres de otras tierras como el príncipe de los lingüistas europeos Hugo Schuchardt, como Menéndez Pidal, Davies,

Meyer-Lubke, Navarro Tomás, Uhlenbeck, Urtel, etc. Porque la verdad es que, a pesar de su cátedra de griego y de su conocimiento de varios idiomas, Unamuno nunca fue ni pretendió ser un lingüista. Esto, unido a su defectuoso conocimiento del euskera, resta mucha autoridad a sus categóricas manifestaciones sobre el problema del idioma vasco. Y algo más triste que todo eso será siempre el pensar que quien decreta sentencia de muerte contra un idioma, sea precisamente, un hijo eminente del pueblo que lo habla.

\* \* \*

Sobre estas cosas y muchas otras más relativas al tema se extiende en su libro Martín de Ugalde, en un documentado estudio cuyas notas dominantes son la serenidad en el enjuiciamiento y la pena ante el extravío, en esta materia, de un compatriota al que todos respetamos y admiramos. Escribe Ugalde en esa prosa clara y ajustada a la que nos tiene acostumbrados en sus laureadas producciones narrativas. Prosa, por cierto, pareja a la que en lengua vasca emplea en sus libros como "Sorgiñaren urrea" (El oro de la bruja) que acaba de aparecer y con lo cual dobla el valor de su réplica a Unamuno. Porque es el ejemplo vivo y actuante de un vasco que no se resigna ni resignará nunca sino ante lo inevitable y nos da, con sus obras, una noble lección de la voluntad de vivir.

¡Qué lejos estamos de aquel Unamuno que –comentando "Alma" de Manuel Machado– después de escribir aquello de: "Yo hijo de la raza vasca, amiga de la montaña que hay que trepar y del océano que hay que domar con los remos, amiga del cielo gris y de la acción enérgica, releo lo que dice este hombre de "la raza mora vieja amiga del sol", ese hombre de los que todo lo ganaron y todo lo perdieron, ese hombre cuya voluntad se ha muerto una noche de luna...".

¡Qué lejos de aquel Unamuno quien después de esta exaltación de la voluntad de su raza y de la constante de la suya propia de no morir, alza la voz para pedir que sus compatriotas, en lugar de luchar hasta el último minuto, decreten ellos mismos la muerte de lo que él más de una vez llamó la "sangre del alma"!